

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Flor-de-Mayo se adelantó á su vez, arrodillándose tambien. (Pág. 170, col. 2).

SUMARIO.

EL PAJE FLOR-DE-MAYO, por M. Pons du Terrail.
 LAS DOS HIJAS DEL PESCADOR, por M. Victor Herbin.
 VIAJES: DIARIO DE UNA INSTITUTORA EN RUSIA, por la señorita Maria Neville.
 LA CIENCIA PARA TODOS.

EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. FONSON DU TERRAIL.

(Continuacion).

—Hermanito, dijo al fin, nuestro padre sabia que yo no estaba muerta.

A esta brusca revelacion Flor-de-Mayo se levantó y retrocedió un paso.

—¡Oh! exclamó, es imposible!

—Es verdad, murmuró Coronilla inclinando la frente.

—Es imposible! imposible! te digo, prosiguió Flor-de-Mayo con vehemencia; pues de lo contrario, ¿nos hubiera hecho vestir luto á mí y á nuestros criados? ¿Me hubiera hecho arrodillar todos los dias diciéndome: «Ora, hijo mio, ruega por tu hermana, que ya no existe?...»

¡Oh! lo creia, sí, como lo he creído yo por largo tiempo, como Antonio y Mariana lo han creído hasta la hora que—era una noche sombría y lluviosa—te vimos entrar tan pálida,

tan quebrantada, que creí ver tu sombra, yo que guardaba en el fondo de mi corazón de niño tu imagen risueña y tranquila.

Un gemido ahogado se escapó de los trémulos labios de Coronilla.

—¡Dios mio! murmuró Flor de-Mayo fuera de sí, pues veía correr las lágrimas de la joven; ¿quién me explicará este espantoso misterio? Por espacio de diez años te he creído muerta; durante diez años te he llorado, rogando á Dios por ti. Partiste risueña, feliz, adorada, y has vuelto pálida, triste, con la desesperacion en la frente y en el corazón, siendo impotentes las caricias de tu pequeño Flor de-Mayo para volver á nuestra Coronilla como era en otro tiempo. Pero ¿qué ha sido de ti durante estos diez años? ¿En dónde estabas? ¿Quién podía amarte tanto como nosotros, y hacerte olvidar á este hermano que llamas tu hijo y á aquel padre que lloraba, triste y sombrío, cuando se pronunciaba tu nombre en su presencia?

Coronilla solo contestó llorando... Flor-de-Mayo se arrodilló de nuevo á sus piés.

—Lloras, dijo, lloras y soy yo quien ha provocado tus lágrimas. ¡Oh! no te pido tu secreto, mi adorada hermana; pero te amo, sí, te amo como los ángeles deben amar á Dios, y si fuera necesario conquistar el mundo para volverte la ventura...

Coronilla imprimió sus labios en la frente del adolescente.

—Eres noble y bondadoso, murmuró, y tu amor me hace olvidar mis sufrimientos. Hermanito, no me pidas nunca la clave de este terrible enigma de mi vida; voy á cumplir treinta años y tú tienes diez y ocho. No me comprenderías; pero ámame, mi pequeño Flor de-Mayo, todavía soy digna de tu amor, y Dios que me oye debe haberme perdonado.

Mañana partirás, hermanito, irás donde el deber llama á un caballero, irás donde la voluntad de nuestro difunto padre te impone la ley de ir. Yo me quedaré aquí, siempre ignorada, siempre muerta para el mundo entero excepto para ti. Todos los dias rogaré á Dios por vos, mi hermoso caballero, pidiéndole que os haga tan feliz como merece serlo un jóven de vuestras prendas; y Dios me escuchará, hijo mio, pues las plegarias de los que han sufrido le son mas gratas, y llegareis á ser un jóven y valiente capitán, alcanzando la estimacion de vuestros amigos, el favor de vuestro rey y el afecto de cuantos os rodeen, pues á tales padres tales hijos, y vos sois digno hijo de nuestro padre que ha llevado á la tumba los lamentos y la veneracion de todos.

Coronilla abrió sus brazos, estrechó á Flor-de-Mayo contra su corazón con la vehemencia de un amor maternal y añadió en tono mas tranquilo:

—Nuestro padre, hermanito, te ha dejado una modesta herencia y estás muy lejos de ser rico; pero hay aquí una cajita en donde, du-

rante mucho tiempo, amontonó sus economías destinándolas para los primeros gastos de tu entrada en el mundo. Te llevarás trescientas pistolas. Poco es, pero será suficiente para que pase algunos meses un hidalgo sobrio y arreglado como lo serás tú. Vamos, hermanito, valor! Antonio ha preparado ya tu equipaje, y te ha comprado un excelente caballo. El sastre vecino te ha hecho hermosos trajes, y harás tu entrada en París de una manera conveniente.

Flor-de-Mayo lloró; amaba tanto á su hermana Coronilla! pero el sentimiento del deber unido á esa sed de ambicion que atormenta á la juventud y que la jóven despertó con tanta habilidad acabaron por vencerle. Resignóse y partió.

El día siguiente, al amanecer, los habitantes del cuartel y los vecinos de la casa cerrada vieron al jóven Flor-de-Mayo, vestido como un hidalgo, montando un magnífico caballo padre limosin en cuyos ijares balanceaba una fina espada de caballero, salir de la morada en donde había pasado su infancia y estrechar con emocion la mano del viejo Antonio que le tenia respetuosamente el estribo.

El jóven volvió repetidas veces la cabeza como si un sér invisible le hubiese dirigido mudas despedidas desde el fondo de la casa cerrada; los que creían firmemente en la existencia de una gran dama oculta bajo la espesura del vasto jardín hicieron observar con malicia que Flor-de-Mayo no hubiera tenido los ojos tan encarnados y tan pálida la frente, si no hubiese dejado mas que dos criados viejos é idiotas...

Peró por fin partió.

Las espuelas picaron los ijares del caballo, el noble animal emprendió la marcha, y el jóven Flor-de-Mayo de Chastenay atravesó al galope las calles de Blois y ganó el camino de París. Por la tarde toda la ciudad sabia que el jóven señor de Chastenay iba á la corte á servir al rey y á conquistar noblemente sus escuelas de caballero.

Respecto al viejo Antonio y al ama de gobierno, continuaron habitando la casa cerrada, tan mudos como antes, lo que solo sirvió para acreditar mas y mas la creencia popular de que la morada del jóven hidalgo estaba, en su ausencia, habitada por un sér misterioso.

II.

EN EL CUAL EL CABALLERO FLOR-DE-MAYO
ENCUENTRA A AMAPOLA.

Oprimido estaba el corazón de Flor-de-Mayo desde que hubo perdido de vista, en lontananza, las agujas de la antigua catedral y las esbeltas torres del castillo de Blois.

Partía solo, dejando una hermana adorada, el único sér que amaba, para ir en pos de aventuras y andar con incierto paso sobre el terreno movedizo y pérfido de la corte.

Sin embargo, como Flor-de-Mayo era un muchacho resuelto, no pensó ni un momento en volver grupas, y cabalgó todo el día sin volver la cabeza atrás ni una vez siquiera. Al anochechar divisó Beaugency, que entonces no era mas que una pobre y pequeña villa de las orillas del Loire.

Había venido de Blois sin parar; su caballo estaba fatigado, y, como hombre que le queda aun mucho que andar, pensó Flor-de-Mayo que lo mas prudente sería apearse á la puerta del primer meson y pasar allí la noche para ponerse de nuevo en camino el día siguiente con la aurora.

En el momento de alcanzar una pequeña eminencia, desde cuyo elevado punto se divisaba la villa á tiro de fusil, sorprendióse nuestro héroe de ver desembocar por la única calle un cortejo grave andando lentamente y salmodiando cantos fúnebres. Era un entierro que se dirigía al cementerio, situado fuera de la villa y en direccion á la colina que bajaba Flor-de-Mayo.

Un cura con sobrepelliz andaba delante, siguiéndole cuatro muchachos del país llevando el ataúd sobre sus hombros.

Junto á ellos, con la cabeza descubierta, andaba un extraño personaje cuyo retrato merece ciertamente algunas líneas. Su estatura era mediana, casi obeso, dotado de grandes

brazos y pequeñas y delgadas piernas que una larga espada golpeaba ruidosamente. Su rubicundo semblante, adornado de una nariz sembrada de granos báquicos, era de aquellos en los cuales es imposible descifrar una fecha.

Tal vez este hombre no contaba mas que cuarenta años, acaso rayaba ya en los sesenta.

Su atavío era mas grotesco aun que su persona: llevaba un jubon azul celeste rasgado, calzones de color de escarlata muy usados, botas semejantes á un embudo que recordaban la moda del último reinado, y un ancho fieltro gris adornado con una pluma de halcón, que inclinándolo sobre su oreja izquierda le daba un aire de calavera enteramente militar; destacábanse de su fresco y rubicundo semblante largos y retorcidos bigotes negros que acababan de imprimirle un sello de extrañeza grotesca que llamó la atención de Flor-de-Mayo al pasar el cortejo fúnebre por delante de él.

El hombre del jubon azul, rubicundo semblante y larga espada seguía la caja mortuoria pensativo, cabizbajo y con los ojos encarnados, en los cuales se veían dos gruesas lágrimas próximas á caer.

Cerca de él andaban una docena de campesinos de ambos sexos, unos conversando á media voz, otros rezando entre dientes algunas plegarias. Sin embargo, el jóven viajero comprendió que de todos los que acompañaban al muerto, el único afligido era el hombre del jubon azul.

Flor-de-Mayo como hombre que profesa un respeto profundo por las cosas religiosas, apeóse y se descubrió ante el féretro, ató su caballo á un árbol y siguió al cortejo, interesado á pesar suyo por el dolor de aquel grotesco personaje, que parecía ser el único amigo ó el solo pariente del difunto.

El día declinaba; los últimos rayos del sol tenían el horizonte con una banda de oro y púrpura; la brisa susurraba embalsamada; las aves cantaban en la enramada, y el pequeño cementerio de Beaugency, en donde acababa de entrar el cortejo fúnebre, estaba tan verde y tan florido, que Flor-de-Mayo lo tomó por un jardín.

Cada tumba tenia su corona de coronillas y de margaritas, las paredes estaban tapizadas de jazmin y madrevelva, y la yerba crecía verde y lozana en aquella tierra que solo cubria cadáveres; era la vida pomposa, llena de perfumes, de esperanzas y de sonrisas cerniéndose sobre el asilo de los muertos. Este extraño contraste impresionó vivamente á Flor-de-Mayo.

En un rincón del cementerio, detrás de un grupo de lilas nacidas por casualidad en aquel sitio fúnebre, se habia abierto la tumba del muerto, y el ataúd fué colocado en la orilla, mientras el cura recitaba las últimas preces y echaba agua bendita.

Luego bajaron el féretro en la sepultura, y la primera paletada de tierra cayó sobre él con un sonido lúgubre.

Entonces el cura y los acompañantes se alejaron no quedando junto al sepulturero mas que el hombre del jubon azul y Flor-de-Mayo, que permaneció inmóvil y pensativo á algunos pasos de distancia.

Absorto en su dolor, el hombre del jubon azul esperó, cruzado de brazos y cabizbajo, que el sepulturero hubiese cubierto enteramente el ataúd y que se alejara á su vez para arrodillarse; entonces aquellas dos lágrimas que brillaban en sus ojos desde tanto tiempo rodaron lentamente por sus mejillas, mientras que sus labios murmuraban una plegaria.

Conmovido por semejante espectáculo, Flor-de-Mayo se adelantó, arrodillóse tambien, y, como el hombre del jubon azul, se puso á rezar por aquel muerto que solamente una persona parecia echar de menos.

El hombre del jubon azul levantó entonces la cabeza y reconoció al jóven caballero que la casualidad habia colocado al paso del entierro, que siguiera tan piadosamente el cortejo al campo santo y que únicamente él se arrodillaba en la tumba apenas cerrada.

—¡Oh! juventud! exclamó alargándole las manos con efusión, solo tú eres buena y generosa; tú sola tienes corazón...

Y aquel hombre que lloraba estrechó con energía la mano de Flor-de-Mayo, murmurando:

—Gracias, caballero, gracias, quien quiera que seais, por esta plegaria que acabais de elevar sobre la tumba de mi amigo.

—¿Ese hombre era pues vuestro amigo? preguntó el jóven hidalgo conmovido hasta el punto de llorar, y señalando la losa.

—El único que he tenido en mi vida, respondió el hombre del jubon azul levantándose y exhalando un profundo suspiro.

En seguida se apresuró á añadir:

—Digo mal diciendo mi amigo, pues era mi capitán, y yo no soy mas que un pobre soldado; pero le amaba tanto... y luego sabia que hubiera dado mil vidas por él, y me quería un poco...

Pasóse el soldado la mano por los ojos y dió un paso atrás. Flor-de-Mayo le cogió silenciosamente del brazo y le sacó del cementerio.

—Caballero, continuó el hombre del jubon azul con voz conmovida y mientras bajaba lentamente el sendero que conducía del cementerio á la villa, esta es la historia de la vida: los malos se quedan y los buenos se van! Dios lo ha querido...

—¿Amabais pues mucho á vuestro capitán? preguntó Flor-de-Mayo con timidez.

El hombre del jubon azul volvió á suspirar.

—¿No habeis oido decir que el perro errante se pega al primer que le acaricia y le echa una mirada de compasion?

Esta elocuente y sencilla respuesta afectó vivamente á Flor-de-Mayo, quien miró á aquel hombre de fisonomía vulgar y casi grotesca, y descubrió en él un corazón generoso y lleno de nobles instintos.

—Caballero, prosiguió este último, os lo he dicho ya, soy un pobre soldado: nací yo no sé dónde, me han dicho que en Flandes; tenia cuatro ó cinco años cuando el ejército francés, que hacia la guerra á los españoles, incendió la choza de mis padres, hizome huérfano y me adoptó. A los quince años llevaba ya el mosquete, y, como desde esta edad he tenido el color de púrpura, mis hermanos de armas dieron en llamarme *Amapola*, cuyo nombre he llevado siempre. Tengo cincuenta y cinco años al menos, y he guerreado toda mi vida, batiéndome por instinto y sin ningun apego á la vida, pues nadie me amaba; buscaba siempre alguien á quien amar y recibia ordinariamente tan solo desprecios ó indiferencia. Los verdaderos amigos son en este mundo tan raros como las mujeres verdaderamente amantes. Se encuentra uno alguna vez, pero dos nunca. Un día, en un campo de batalla, un soldado, compañero mio, herido de muerte, me recomendó su hijo, cuyo legado acepté. Hace de esto veinte y ocho años. El niño tenia tres y su madre habia muerto al darle á luz. El pobrecito era huérfano; juré servirle de padre y le puse en casa de un cura para que le instruyese. Cuando tuvo veinte años le hice soldado. El jóven era hermoso, valiente é instruido é hizo carrera, siendo pronto oficial y despues capitán. Yo le adoraba; él me amaba un poco. Llamábame padre, y yo, que no soy mas que un soldado, sabia perfectamente que debía respetarle como á oficial, y nunca le daba el nombre de hijo. ¡Ay! caballero, concluyó *Amapola* suspirando y vertiendo una lágrima, Dios me lo ha quitado. Un mes hace, en un encuentro con los españoles, una bala atravesó el pecho de mi pobre capitán. Primeramente el cirujano de la compañía no juzgó su herida mortal, y le aconsejó descanso y un aire algo mas dulce que el de Flandes, en donde nos encontrábamos entonces. El anciano sacerdote que le habia educado vivia en un pueblecillo de la Turena á algunas leguas de Amboise, en un lindo país verde y perfumado, al pié de una cuesta á orillas del Loire. Allí fué donde pensé conducirle. Cuando se encontró en estado de montar, pedí una licencia ilimitada y nos pusimos en camino andando á cortas jornadas, deteniéndonos dos ó tres veces al día y caminando al paso, pues cualquier movimiento algo brusco podia abrir su herida apenas cerrada. Cerca de un mes empleamos para llegar á Beaugency. Mi pobre capitán se sentia de cada día mas débil, mas quebrantado, y una mortal palidez cubria su semblante

cuando le tomaba en brazos para montarle en su silla. Ocho dias hace que llegamos aquí. «¡Valor! le dije, ya solo nos faltan doce ó quince leguas para llegar. Mañana continuaremos nuestro camino.» Pero al siguiente dia ya no tuvo fuerzas para levantarse. «Esperemos!» me dijo. Esperamos un dia, dos, tres, y comprendí que la hora se acercaba... en la mañana de ayer murió, caballero, al despuntar el dia, á esa hora en que la naturaleza se despierta por las mil armoniosas voces de las aves, de los campos y de los bosques. Ha muerto á los treinta y un años, en un cuarto del meson, despidiéndose de mí con la vista y sintiendo perder la vida como se siente perderla á esa edad...

Amapola se interrumpió prorumpiendo en llanto.

Flor-de-Mayo y él acababan de detenerse al pié del árbol en donde el jóven bloisense atára su caballo.

—Caballero, añadió Amapola mientras que Flor-de-Mayo, pasando sus riendas por el brazo, continuaba su camino á pié, perdonad mi indiscrecion, pero me atreveré á preguntaros dónde vais.

—A Paris, respondió Flor-de-Mayo.

—¿Os deteneis en Beaugency?

—Sí, hasta mañana, pues he venido de Blois sin parar y mi caballo está rendido de cansancio.

—En este caso os serviré de guia, dijo el soldado. No hay mas que un meson en Beaugency, con la muestra *San Buenaventura*; pésima vivienda en donde el vino es malo y la comida tambien, pero cuando se es jóven y valiente como pareceis serlo vos, uno se acomoda á todo: venid.

Ambos viajeros continuaron su camino: el uno pensativo y triste, y el otro absorto por sus punzantes recuerdos. Así llegaron á la puerta del meson, sobre la cual un Miguel-Angel de aldea habia embadurnado una figura mofetuda representando imperfectamente á San Buenaventura. Flor-de-Mayo entregó su caballo á un mozo, pidió una habitacion y encargó la cena, convidando á Amapola á participar de ella.

El pobre diablo no tenia hambre ni sed, pero el jóven señor de Chastenay le gustaba, sentíase atraído por una secreta simpatía, y aceptó el ofrecimiento con alegría.

Flor-de-Mayo habia tenido el corazon oprimido toda la tarde: los recuerdos del abandonado hogar doméstico, la memoria de Coronilla, la soledad del camino que recorriera, luego ese entierro al cual la casualidad le habia hecho asistir, en fin, la sencilla é interesante historia de Amapola, todo contribuyó á sombrar su frente de diez y ocho años y sumergir su alma en una profunda melancolia.

Pero algunas botellas cubiertas de polvo, la vista de unos blanquismos manteles y ese apetito que es el mejor compañero de la juventud disiparon en un instante sus cavilaciones, y al cabo de una hora habia recobrado aquella franca alegría que era la admiracion de los bloisenses.

Por otra parte, Flor-de-Mayo no estaba aun enamorado, y se sabe positivamente que solo las tristezas de amor resisten á la distraccion.

Aunque mediano el vino del mesonero desató poco á poco la lengua del doncel, quien contó á su vez su historia á Amapola, omitiendo prudentemente ciertos pormenores relativos á Coronilla. Luego habló de la carta que su padre le habia dejado para M. de Mazarino, de la esperanza que abrigaba de entrar en el ejército del rey... Y Amapola, que le escuchaba religiosamente, llevado por una misteriosa simpatía, empezó á amar de todo corazon á aquel gentil y gallardo jóven de mirada atrevida y conciencia pura y orgullosa, que entraba en la vida con una buena cantidad de ilusiones y un alma sencilla y crédula.

—Caballero, le dijo de repente Amapola, ¿os dignareis concederme unos minutos de atencion?

—Hablad, respondió Flor-de-Mayo asombrado por esta brusca interrupcion.

—Hace algunas horas, dijo Amapola, que tenia resuelto pedir mi licencia absoluta y retirarme al pueblo donde el anciano cura educó á mi pobre capitán, esperando allí con pa-

ciencia la hora en que Dios me llamara á sí. Ya nada amaba en este mundo y estaba como alelado. Pero hé aquí que vuelvo á tomar interés por la vida de otros tiempos, por la vida de los campamentos y de las aventuras, por los golpes de espada y de mosquete, y presiento que moriría de fastidio en el espacio de seis semanas si colgara mi espada.

—Lo creo, murmuró Flor-de-Mayo que ignoraba á donde Amapola queria ir á parar.

—Vos entráis en la vida, prosiguió el soldado, sin otro guia que los consejos de vuestro difunto padre, un corazon valiente y algunos centenares de pistolas. No teneis amigos ni yo los tengo tampoco, por lo que creo que ambos formaríamos una pequeña asociacion que no dejaría de tener su mérito. Es verdad, añadió Amapola con humildad, que vos sois noble y yo no; conozco harto bien la distancia que nos separa para atreverme á desear vuestra amistad, pero si quereis tomarme por criado, por escudero, por un hombre que os seguirá á todas partes y se dejará matar por vos, me consideraré sumamente feliz.

Sorprendido Flor-de-Mayo por esta proposicion, miró á Amapola preguntándose si el viejo soldado hablaba impulsado por un estómago agradecido.

Pero Amapola no habia casi comido ni bebido, estaba en su completo acuerdo y se apresuró á continuar:

—Esta es la primera vez que me veis, caballero, y el hombre que se encuentra junto á una tumba todavia abierta no puede estar muy alegre. Pero ordinariamente soy buen compañero; tengo mis horas de buen humor, no bebo, soy filósofo en los dias adversos, y los que han vivido algun tiempo conmigo pretenden que soy hombre de recursos.

A mi edad no se ama mas que á la juventud, porque únicamente ella es generosa y entusiasta, mientras que la edad madura es desapiadada; hace una hora que os amo porque habeis llorado por lo que yo amaba; no me refuseis...

Y el ojo de Amapola, aquel ojito gris penetrante que brillaba sobre sus rubicundas mejillas, tomó una expresion de súplica á estas palabras.

Flor-de-Mayo le alargó espontáneamente la mano.

—Sea, le dijo, pues es preciso estar loco ó ser ingrato para rechazar al amigo que la suerte nos envia.

El dia siguiente, Amapola se puso en marcha con Flor-de-Mayo, y ambos prosiguieron su camino hácia Paris.

Durante la mañana del primer dia, el viejo aventurero estuvo triste y afectado, habló poco, enjugando á menudo una furtiva lágrima á la memoria de su querido capitán; pero por la tarde comió y bebió, y al siguiente dia recobró poco á poco la indiferencia del soldado; esta maravillosa filosofia que dá la vida de los campamentos le hizo casi superior á su pena, y, semejante á esos amantes desgraciados que quieren entregarse á un nuevo amor inmediatamente, dejöse llevar todo entero por ese afecto naciente que le inspiraba Flor-de-Mayo. Este, gracias al humor algo taciturno de su compañero, tenia tiempo de formar mil ilusiones sobre la nueva existencia que le ofreceria Paris. Y como en todas las ilusiones de la juventud el amor tiene su sitio, nuestro héroe soñó que la suerte no podia rehusarle, luego de llegar á la corte, los favores y las sonrisas de una de esas hermosas damas adornadas de diamantes, vestidas de terciopelo y seda, y mas bellas que los ángeles, como las que habia visto en las fiestas y en las carreras de caballos de su país.

La juventud es aventurera y la casualidad se complace en ayudarla. El tercer dia de su viaje, hallándose cerca del pequeño pueblo de Arpajon, Flor-de-Mayo vió pasar una litera tirada por dos mulas, segun la moda española, y escoltada por dos lacayos con librea.

Las cortinas de la litera estaban descubiertas, y el ojo curioso del jóven pudo ver, medio reclinada sobre los almohadones, la criatura mas encantadora del mundo.

Flor-de-Mayo se quedó admirado.... nunca habia visto ni siquiera soñado una mujer tan hermosa como aquella jóven de veinte años,

rubia, rosada, blanca como un lirio del cual poseia el esbelto y flexible talle; risueña y conmovida á la vez, adorable mezcla de ligereza coqueta y de vaga melancolia. Flor-de-Mayo habia recorrido todos los castillos de los alrededores de Blois, en donde habia visto á las mas nobles damas y á las mas hermosas herederas de la provincia, pero ninguna le pareció tan hermosa como la canonesa que tenia ante sus ojos; pues era canonesa, segun indicaba su traje; pero una canonesa no pronuncia votos; pertenece al mundo, y puede dejar su prebenda y su *palillo* por un marido. Flor-de-Mayo lo sabia ó lo ignoraba, pero sabia que era hermosa hasta enloquecerle y experimentó esa sensacion indecible que se apodera del hombre á la vista de la mujer que está destinado á amar.

Se han hecho mil y mil teorías sobre el amor. Segun unos, es una fiebre, es el resultado inmediato de una predisposicion sensible del espíritu y del corazon. Los filósofos pretenden que el amor es una aberracion mental; los poetas lo glorifican como el sentimiento mas puro y mas etéreo de la naturaleza humana; los hombres de treinta años sostienen que no se ama antes de esta edad, y los de diez y ocho pretenden todo lo contrario.

En una palabra, nadie está acorde sobre los síntomas que le preceden, ni sobre el género á que pertenece, ni sobre la manera de producirse el amor, y para estar conforme con todo el mundo, lo mejor es no hablar de él.

Sea como fuere, Flor-de-Mayo se encontró súbitamente enamorado. La litera trotaba á todo escape y parecia querer alcanzar el primer meson.

—Voto va! dijo Flor-de-Mayo á Amapola, hé ahí una mujer hermosa como un ángel, que el precio de un reino pagaria apenas una de sus sonrisas. Descos me dan de seguirla.

Una sonrisa ingenua pasó por los labios del escudero.

—¡Ah! el corazon de los jóvenes, murmuró, se enciende á la primera chispa de fuego. Y picó espuelas para seguir á su señor que galopaba siguiendo ya las huellas de la litera.

(Se continuará.)

LAS DOS HIJAS DEL PESCADOR.

POR M. VICTOR HERBIN.

I.

EL PADRE WALIN.

Si se sale del Bolonés para dirigirse al Calaisis siguiendo la costa, se encuentra en el limite de estas dos antiguas comarcas una profunda hondonada ó barranco que se inclina suavemente hácia el mar y que los habitantes del país llaman el *vallecillo*. Esta sinuosidad del terreno, que representa con bastante exactitud la mitad de un embudo, cuyo extremo mas ancho se dirigiera hácia el mar y la parte mas angosta se abriera tierra adentro, iba á terminar en la época de nuestra historia á tres ó cuatro tiros de fusil de distancia en un vasto campo de aliagas marinas, que cercaba el vallado de una hacienda con arbolado, lujo de vegetacion muy raro en las inmediaciones del mar. Pero merced al declive del terreno, los vientos salinos se estrellaban en la parte elevada del barranco, sin que pudieran ejercer su maligna influencia sobre los robustos manzanos del fértil cercado ni sobre los ramosos álamos que formaban en torno de la hacienda un denso cinturón de sombra y de verdor.

El fondo del angosto valle, protegido por una casa de campo, sus plantaciones y las dos colinas ó márgenes cubiertas de un verdadero bosque de espinos y de *oyos*, especie de juncos altos y resistentes, providencialmente encargados de mantener los montes de arena en la orilla del mar, ofrecia recursos de abrigo y de fácil cultivo que en vano se hubieran buscado en los demás puntos de la costa.

Por los años de 1808 se presentó una pobre familia á pedir á los dueños de la hacienda el permiso de arrendar la lengua de terreno mas



Tal era el aspecto exterior de la morada del padre Walin. (Pág. 172, col 2).

inmediata al mar, con autorización para edificar una cabaña. Concedieronle la petición sin dificultad, mediante un módico arriendo anual, una parte de la costa que no daba ningún producto y que solo se utilizaba para pastos.

El jefe de la pequeña colonia que acababa de plantar sus reales en este sitio inculto y desierto era hijo del país, se llamaba Walin, pertenecía á una familia de buenas y honradas gentes, pescadores de padres á hijos, y él también se había dedicado á este oficio hasta el momento en que, á pesar de ser casado y padre de dos niñas, fué arrebatado en uno de los alistamientos tan frecuentes y rigurosos en aquella época.

El buque en que servía cayó en poder del enemigo, y cuando pudo recobrar su libertad hacia doce años que padecía un riguroso y terrible cautiverio.

Durante la larga ausencia de Walin, tan larga que se llegó á creerle muerto, ¿cómo subsistieron su mujer y sus hijas? Misterio es este de todas las familias pobres, secreto que solo conocen ellas y Dios que dá, como se dice, el alimento á los pajarillos, y abre cuevas y madrigueras á las fieras del desierto, pero no siempre concede al hijo del hombre una piedra donde reclinar su cabeza. Las orillas hospitalarias del Océano habían ofrecido afortunadamente á la viuda de un marido en vida y á sus hijas casi huérfanas sus inagotables recursos; la pesca, el trasporte de fardeles y el trabajo incesante, acudían en auxilio de una vida de privaciones, y los donativos de algunas almas caritativas completaban lo que era indispensable para impedir que estas pobres criaturas pereciesen de hambre.

Cuando Walin volvió á entrar en Francia, el Estado le dió un modesto subsidio en dinero, pero había envejecido prematuramente, pues los duros trabajos y el indigno trato del cautiverio le habían gastado, y no era una sombra de sí mismo. Reducido casi á una completa ceguera por la prolongada permanencia en los calabozos y minadas sus fuerzas por el aire húmedo é infecto que allí se respira; se vió precisado á su regreso á renunciar á su antiguo oficio de pescador de alta mar y ser pescador de la costa.

Estas palabras exigen una breve explicación.

La categoría de los pescadores, tan semejante por el valor, la humildad de su vida y sus rudas tareas, se divide sin embargo en tres clases ó al menos en dos principales. La primera comprende los pescadores de bordo que van en cada marea á surcar el Océano con peligro de su vida y por un producto las mas de las veces insuficiente, esperando que la estación de los arenques venga á compensar las pérdidas del resto del año.

Lo mas selecto de esta clase se dá á la vela con frecuencia para Terranova, á donde le atrae la ventajosa pesca del bacalao, ó bien se interna por los lejanos mares donde se pesca la ballena ó se buscan la perla y el coral. Esta clase constituye, por decirlo así, la aristocracia de los pescadores. Pertenecen á la segunda clase los pescadores que plantan sus cañas y redes en la arena; las mujeres que recogen almejas, las que buscan langostines y cangrejos, y los pescadores de cabrajos, langostas y ostras.

El padre Walin había descendido á esta última categoría por las graves razones que antes hemos expuesto, renunciando á las peligrosas expediciones, así como también á la pesca que exige juventud y robustez, y limitándose á la industria que le proporcionaba para él y para sus hijas el pan de cada día. Su antigua experiencia le había inducido á elegir aquella parte de la costa por ser la mas favorable para la pesca de la langosta y del cangrejo, á causa de sus muchos peñascos cubiertos de musgo donde se estrellan las olas, y el misero auxilio que recibiera del Estado le había servido para arrendar el terreno que hemos descrito y para construir la cabaña donde nos hallamos al principiar nuestro relato.

Como todas las cabañas de las orillas del mar, la de Walin era un modelo del trabajo y de la pobreza: paredes de tierra blanqueadas con cal, un techo de bálago enverdecido por el musgo y que los vientos del mar habían adornado con millones de conchitas, como están cubiertos los peñascos de las costas, setos de juncos y ligustros, única vegetación que resiste en tan áridos parajes, algunos verjeles de legumbres, un angosto plantel de claveles y alielies abrigados por la cabaña; tal era el aspecto exterior de la morada del padre Walin.

Si se penetra en lo interior, se halla un apo-

sento de notable asco, aunque desnudo de muebles y teniendo por único adorno las cañas y redes colgadas de las blancas paredes. En el fondo, la cama del anciano con cortinas de sarga verde; en la cabecera, un crucifijo de cobre coronado con un ramo de boj, y al lado de la cama una puerta mas baja que la estatura de un hombre, que conduce á un cuartito donde duermen las dos jóvenes; en un lado, la artesa donde se amasa el pan, y encima, las tablas de pino lavadas con esmero y sosteniendo las pocas vasijas y utensilios de la pobre familia; en medio del aposento, una gran mesa cuadrada con piés torcidos y carcomidos; á la izquierda, el hogar con la chimenea bastante alta para poder albergarse debajo de ella en pié; sobre la campana de la chimenea, adornada con una franja de sarga parecida á la de la cama, algunas macetas de flores, una Virgen de yeso pintada, y una imagen de san Nicolás; finalmente, el sillón con asiento de paja de la anciana y su fiel torno de hilar, un banco de madera y tres ó cuatro banquillos aseados completaban el mueblaje. Detrás de este aposento se había arreglado, por medio de una prolongación del techo, un pequeño establo que servía de albergue á una cabra y algunos ánades que salían por la mañana hacia el mar y no volvían hasta la noche.

Tal era el humilde teatro del humilde drama que vamos á contar.

II.

MARTA Y ESTER.

Cuando regresó á su país el padre Walin encontró en vez de las dos niñas que había dejado al partir—tenían entonces seis años—dos bellas y crecidas jóvenes. Eran gemelas, ambas igualmente hermosas, pero cada una de ellas de una belleza particular que las diferenciaba, aunque á primera vista se conocía fácilmente que eran hermanas. Marta, con cabellos rubios de dorado cambiante, era mas alta y robusta que su hermana; y sus ojos azules, su tez de vigorosas tintas y su dentadura blanca y sólida manifestaban su origen septentrional y marítimo; Ester tenia el cabello castaño, la tez pálida y un aspecto delicado y casi enfermizo, pero sus ojos negros, adornados de



¡Cuántos darían toda su riqueza por tener como él dos ángeles tan bellos á su lado. (Pág. 173, col. 3.)

unas cejas claramente delineadas, indicaban la finura, la reflexion y una energía que parecía una contradiccion de su complexion delicada. Su salud habia inspirado desde la niñez serios temores, se creia que estaba afectada del mismo mal que padecia su madre, un aneurisma, y por este motivo, en tanto que Marta arrostraba impunemente el helado viento de la playa, pasaba en todas las estaciones largas horas con el agua hasta la cintura, é iba á piés descalzos á llevar por una módica retribucion pesados cestos á la ciudad inmediata, Ester se quedaba forzosamente en casa y se ocupaba en las tareas domésticas.

El padre Walin miraba con marcada predileccion á Marta que le secundaba animosamente en sus rudas faenas, haciendo las veces de un robusto pescador, en tanto que la madre, á consecuencia de una semejanza de posicion, reservaba para Ester los escasos regalos que permitia su miserable condicion, pero que manifestaban una especial solicitud. En esta diferencia de régimen y hábitos, Marta habia adquirido en robustez y recursos para ganarse la vida, segun la enérgica expresion del pueblo, una indisputable superioridad; y Ester habia podido por su parte desarrollar facultades intelectuales y morales que existian tal vez en igual grado en Marta, pero en estado latente y que por consiguiente no se habian revelado. De aquí resultaba entre ambas hermanas, una especie de alternativa de proteccion reciproca; si se proyectaban faenas que exigian fuerza fisica, marchas penosas y pesadas cargas que trasportar, Marta tomaba la iniciativa, pues Ester conocia que no podia acompañarla; pero si se necesitaba desempeñar un encargo ó hacer alguna cosa que reclamára destreza y talento, Marta cedia al momento la primacia á su hermana.

Algunos meses despues de haberse establecido la familia de Walin en el barranco, murió la madre, como si hubiera esperado el regreso de su marido para no dejar á sus hijas sin apoyo, y el padre Walin quedó con su muerte mas triste y desanimado aun y Ester mas solitaria en la cabaña. El aislamiento de los largos dias pasados en aquella morada fria y silenciosa reanimó el dolor de otra pérdida que habia sufrido el año anterior. Amaba á un jóven pescador de las cercanías y era amada:

José Pichon, su vecino y con frecuencia el huésped de la cabaña, era huérfano de padre primeramente y poco tiempo despues de madre, y debia las lecciones de su oficio al padre Walin, que, orgulloso con su discipulo, habia concebido para lo venidero la esperanza de una feliz y fructuosa union. Así pues, era muy comun oírle exclamar desde su regreso en los instantes de desaliento:

— ¡Ah! si estuviere aquí nuestro querido José, nada temeria por vosotras ni por mí, pobres hijas mías!

José habia sido comprendido, como todos los mozos de su edad, en un alistamiento en masa, y en el momento de partir habia dado á Ester el anillo de plata de los esponsales.

— Jura, le dijo llorando, que serás siempre fiel y no cambiarás nunca ese anillo bendito que heredé de mi pobre madre, sino con el que llevo en mi mano y te presentaré el dia de nuestro casamiento. Esta seguridad me dará ánimo para esperar si tardo en volver, y si no debo verte en la tierra, me consolaré en mis postreros momentos.

Ester prestó el juramento que le pedia su novio, y su corazon añadió en secreto que aunque no volviera, le seria fiel hasta la muerte. De modo que cuando el año anterior á la muerte de su madre, se esparció la noticia del naufragio del buque en que servia José, la pobre jóven le lloró amargamente, y renovó el juramento de perpetuar su viudez inconsolable. La muerte de su madre acabó por consiguiente de trocar su corazon en desolado desierto, y en vez de afligirse por los graves síntomas que se descubrieron en su quebrantada salud, se alegró por el contrario considerándolos como un medio de reunirse mas pronto con los seres que lloraba.

Cuando la desgracia empieza á entrar por los umbrales de una casa, es raro que se contente con una visita; á la muerte de la madre siguió muy pronto una nueva afliccion. El padre Walin, cuya vista era de dia en dia mas débil, llegó á temer una completa ceguera. En tan dolorosas pruebas las hijas del pescador rivalizaban en solicitud; Marta trabajaba en el mar con asombrosa actividad, y Ester multiplicaba sus cuidados domésticos, llegando hasta á ayudar á su hermana en las faenas

de la pesca, en cuanto sus débiles fuerzas se lo permitian.

Marta excitaba la admiracion de su padre, quien, como todos los que practican el culto de la fuerza fisica, se deshacia en elogios por su destreza en perseguir, segun sus propios consejos, al cangrejo en las profundidades donde se oculta; por su habilidad sin igual en espiar debajo de los peñascos el sitio por donde pasa la langosta para tender allí la red, y por su ardor infatigable y su indomable valor con los que no encontraba dias largos ni cargas pesadas. Marta era, segun su expresion favorita, la que ganaba el pan para la casa, el ángel enviado por el cielo.

Cuando iba los domingos á la iglesia de la parroquia, guiado por sus hijas que le sostenian por cada brazo, evitándole los mas insignificantes escollos del camino, ¡con qué alegría y orgullo oia las exclamaciones de admiracion que excitaba la hermosura de las dos hermanas, y especialmente la de Marta, que tenia para las miradas vulgares la ventaja de una envidiable salud! Era por cierto un espectáculo interesante el que ofrecia aquel anciano, objeto del mas respetuoso cariño; y cuando acabada la misa salian del cementerio á donde iban á rezar sobre la sepultura de su madre, muchos decian al verles:

— Es cierto que el padre Walin es pobre, pero ¡cuántos darían toda su riqueza por tener como él dos ángeles tan bellos á su lado!

Y al decirlo nadie sospechaba que el cielo reservaba al pobre padre una prueba mas cruel que cuantas habia sufrido.

La hacienda inmediata estaba dirigida por el honrado Labrador Magnier, el cual tenia un hijo que habia tratado de salvar á costa de los mayores sacrificios de las tristes contingencias de la guerra, tan mortífera entonces; pero Enrique habia sido incluido sin embargo en el nuevo alistamiento hecho para una expedicion marítima. Aunque hijo de la costa, Enrique tenia una aversion invencible á servir en la armada; pidió pues en vano que le incorporasen en el ejército de tierra, y dando únicamente oido á las inspiraciones de su insuperable antipatia, huyó de Calais, donde se hallaba á bordo de una fragata del Estado, y volvió al lado de sus padres á favor de una noche oscura. En aquella época se trataba á los deserto-

res con severidad inexorable; se instruyó sin dilación el proceso de Enrique, se le aplicó la ley marcial y fué condenado por contumaz á ser pasado por las armas.

Terrible fué el desconuelo que tan fatal noticia causó en la hacienda. Era infalible que se multiplicarian las pesquisas, y debía por consiguiente el desertor buscar un asilo mas seguro. Se acordaron pues de la cabaña del padre Walin para aguardar una ocasion de salir de Francia, porque el tiempo apremiaba y los gendarmes iban á presentarse de un momento á otro en busca del reo.

Preciso es confesar que el padre Walin miraba con repugnancia á los desertores en general, y Enrique presentaba además la circunstancia agravante de odiar el mar y el servicio marítimo; pero el anciano pescador era ante todo compasivo porque tambien era padre, y conociendo la intensidad del dolor de sus vecinos, se apresuró á dar un asilo á Enrique que se salvó de las pesquisas. Algunos dias despues pudo llegar á Dunkerque á favor de un disfraz, y pasó á Holanda á bordo de un buque cuyo capitán era amigo de la familia.

Doloroso es lo que vamos á decir, pero el joven al partir dejaba en la humilde y hospitalaria cabaña, donde habia hallado la salvacion, un recuerdo de baldon y de lágrimas. Abusando de la ocasion de una intimidad forzosa y del encanto que ejercen sobre un noble corazon la persecucion y la desgracia, habia seducido á Marta, la hija predilecta de su salvador, y pagado con la deshonra de la joven el beneficio de la vida que habia recibido de su padre.

(Se continuará.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

El istmo de Perecop, á donde hemos llegado tras algunas jornadas de camino, se extiende desde una bahía llamada Karkinnit hasta el *sivash* del mar de Azof. En el momento que escribo estas líneas millares de soldados y paisanos se ocupan en construir en el istmo fortificaciones de tierra. La única obra de piedra que he visto hasta ahora es una ciudadela construida en el extremo de una muralla que atraviesa el istmo y que está defendida por un profundo foso. Me han dicho que esta fortificación antiquísima era hasta nuestros dias el único obstáculo contra las invasiones de las tribus errantes de las estepas, y gracias á la erudicion del príncipe, sé que los geógrafos antiguos hablan de un *tafros* ó foso situado delante de Perecop. La muralla actual fué construida probablemente por los khanes de Crimea á mediados del siglo xv; pero si es cierto que la palabra *perékop* significa foso en ruso. La fortaleza de que hablamos vió en 1730 delante de sus murallas un ejército de cincuenta mil hombres mandados por el general Munich; mil genizaros y cien mil tártaros defendian las líneas que el general ruso tomó despues de dos dias de sangrientos asaltos, y para recom pensar á su ejército, lo llevó al saqueo de Eupatoria que era entonces la segunda ciudad de Crimea. Batehi-Serai, la gran ciudad tártara; tuvo igual suerte, y las llamas devoraron mas de dos mil casas, el vasto palacio de los khanes y la preciosa biblioteca formada por Selim-Guerai-Khan. El general ruso sometia é incendiaba el país empuñando con una mano el acero y enarbolando con la otra la tea destructora. Ak-Marsid (actualmente Simferopol), capital de los sultanes kalagas y de los mirzas, vió reducidos á cenizas en un solo dia sus dos mil palacios; el incendio taló igualmente á Azof y amenazó á Kinburn, tomada recientemente por los rusos, y por todas partes podia seguirse la marcha de Munich por las huellas sangrientas y por el resplandor del incendio. En el momento que Munich cruzaba el istmo

para volver á entrar en Rusia, una formidable detonacion hizo estremecer sordamente las profundidades de la estepa: el mariscal daba el postrer adiós á Crimea mandando volar las fortificaciones de Perecop.

Al llegar á esta ciudad hemos tomado posesion de la casa preparada por el príncipe; está situada cerca del bazar armenio y no lejos de la aduana y de los almacenes de sal del gobierno. Me ha despertado la voz de dos muecines que desde lo alto de los alminares de la mezquita llamaban á los creyentes á la oracion; un instante despues se ha oido el repique de las campanas; he salido y me he dirigido á la iglesia armenia. La iglesia rusa está á pocos pasos de nuestra casa.

Algunas chozas habitadas por tártaros, judíos y rusos pobres forman la otra parte de la ciudad, en la cual se entra por una ancha puerta de piedra contra la cual se ven construidas miserables cabañas. Rodean á Perecop lagos salados cuyo producto origina un comercio muy extenso, y forma la única ocupacion de los habitantes. Millares de carros tirados por bueyes y formando largas caravanas trasportan la sal al través de las estepas, y me divierte ver cual desfilan estas caravanas que se extienden como una cinta por la llanura é interrumpen su monotonía. Estos carros han trasportado este año mas armas y municiones que sal, y no hace mucho rato que he visto pasar algunos, dirigidos por soldados. Inmensos rebaños de carneros recorren las cercanías de Perecop alimentándose con una yerba impregnada de sal marina, que hace que su carne sea igual y casi superior, segun me ha dicho el príncipe con orgullo patriótico, á la de nuestros carneros de prados salados.

El objeto principal de todas las conversaciones es la guerra, pero los habitantes no temen un ataque porque el mar tiene poco fondo en ambos lados del istmo é impide la aproximacion de los buques de guerra. Perecop carece de agua potable y además los pantanos salados exhalan miasmas pútridos muy peligrosos para un ejército, de modo que la permanencia en esta ciudad es poco agradable, y esperamos con viva impaciencia que el príncipe haya desempeñado el cargo que le detiene para dejar tan triste país.

Se ha hablado con frecuencia en este Diario de la comision del príncipe Nazumoi: en cuanto he podido comprender de un modo vago—porque jamás me ha ocurrido la idea, y no sé porqué, de hacerle preguntas sobre este punto,—esta comision consiste en inspeccionar la formacion de las milicias en el mediodia del imperio y estimular el alistamiento voluntario. Lo cierto es que hallándose un dia el príncipe sentado á la mesa con nosotras á la hora de almorzar, vimos entrar tres individuos cuya edad no bajaba de los cincuenta; uno de ellos tenia una desmesurada panza, el segundo cojeaba y el tercero ostentaba una joroba muy poco disimulada.

El hombre panzudo se acercó al príncipe haciendo rodar entre sus dedos el gorro de pieles, y dobló una rodilla.

—Padre, le dijo con voz humilde, nos han mandado á llamar, y venimos á recibir tus mandatos.

La palabra *padre* dirigida por el corpulento desconocido á un hombre de diez años de edad menos que él era ciertamente cómica; pero en Rusia parece muy natural esta expresion cuando habla el inferior al superior.

—¿Cómo te llamas?

—Trifon Alejandricht.

—¿Formas parte del gremio de los mercaderes, añadió el príncipe, y tambien tus compañeros?

Los dos mercaderes se inclinaron.

—Bien, levántate y responde.

El pobre Trifon Alejandricht se apresuró á obedecer al príncipe, pero no pudiendo sostener su propio peso, seguia clavado en el suelo mientras se hinchaban las venas de su frente y su rostro se contraía del modo mas grotesco, y fué preciso que sus compañeros acudiesen en su auxilio para ponerle en pié tirándole de los brazos. Cuando el mercader se hubo levantado, el príncipe añadió:

—¿Por qué razon no hay aun opodelnitz en Perecop?

Los tres mercaderes se miraron con asombro.

—Responde!

—Porque...

—Acaba! ¿Por qué?

—No te enojas, padre; considera que los tres formamos la parte activa de la poblacion masculina.

—¿Cómo... vosotros tres?

—Sí, el resto se compone de judíos y armenios devorados por las enfermedades y las calenturas, y los que son capaces de empuñar el fusil trabajan en las salinas.

—No importa, no se dirá que hay una ciudad tan solo en el imperio que no tiene milicia; organizadla lo mas pronto posible, añadió el príncipe, y advertid que os hago á los tres responsables del menor retardo.

—Pero ¿de dónde sacaremos los fusiles?

—Se os darán por orden mia, pero en todo caso los palos bastarán por ahora.

—¿Y oficiales?

—Te nombro capitán, Trifon Alejandricht, y tus dos compañeros tendrán el grado de teniente el uno y el de subteniente el otro.

—¿Y dónde encontraremos soldados, santa Panaggia?

—Eso es cuenta tuya; quiero que haya milicia, de lo contrario se echará mano del knout.

El príncipe les despidió con un ademán y los tres mercaderes salieron alzando al cielo sus manos.

Al dia siguiente presenciamos un espectáculo que no se borraré jamás de mi memoria. Daban las doce en el reloj de la iglesia armenia cuando vimos pasar por delante de nuestra casa una tropa compuesta de hombres harapientos, sucios y enfermizos, marchando al compás de un tambor con la badana inferior agujereada. El que tocaba el tambor era un anciano alto, flaco y pálido sobre cuyo pecho caía una larga y canosa barba, el mas perfecto tipo del judío viejo, sucio y grasiento que he visto en mi vida. Marchaba á la cabeza de la compañía el corpulento Trifon Alejandricht, sudando en su capote abotonado, enarbolando un interminable sable de caballería y ostentando la cruz griega sobre su gorro. Los dos compañeros, el cojo y el jorobado, iban detrás de él con traje no menos extravagante. Hallábase por casualidad la princesa en el balcon.

—Príncipe, exclamó con un acceso de risa que no podia contener, venid, venid que vais á gozar de un divertido espectáculo.

—¿Qué sucede? preguntó el príncipe.

—Venid á ver vuestra milicia.

El príncipe salió al balcon, miró con aire grave la compañía de Trifon Alejandricht y bajó á la plaza para arengarla. El discurso duró cerca de un cuarto de hora, y versó, como todos, sobre los impíos que invadian el territorio de la santa Rusia para derrocar la verdadera religion, y sobre la necesidad de derramar hasta la última gota de sangre en defensa de la ortodoxia, lo cual no parecería muy indispensable á los judíos y armenios que componian la milicia. El príncipe subió á su habitacion despues de ver desfilar tan valerosos campeones, empezó á redactar en el acto un elocuente y satisfactorio informe al gobierno acerca de la formacion y excelente espíritu del opodelnitz de Perecop, y convidó á comer al capitán Trifon Alejandricht y á su estado mayor en testimonio de su satisfaccion. ¿Tenia acaso motivo de queja? Se habian obedecido sus órdenes, y la milicia de Perecop existía en el papel que es lo mas esencial en Rusia.

Hace dos dias que hemos vuelto á Kerson donde nos fastidiáramos terriblemente. La princesa, que emprendió este viaje para distraerse y sentir lo que ella llama emociones, empieza á echar de menos su palacio de Moscou. La ciudad está inundada de enfermos, heridos, lisiados y convalecientes pertenecientes casi todos á las tripulaciones de la escuadra de Sebastopol. Estos marinos son en su mayor número judíos y excitán menos interés que los demás soldados. Los rusos tienen por lo general gran repugnancia al servicio naval, y para obviar este inconveniente, asaz grave en un país con infulas de potencia marítima, el

difunto Nicolás I concibió la idea de transformar en marinos á todos los judíos de su imperio. Desde la edad de diez años el gobierno arrebató sus hijos á las familias israelitas y los envió á bordo de los buques de la escuadra del mar Negro donde servían de grumetes y mas adelante de marineros. Las tripulaciones de la escuadra del Báltico se forman con marineros de las costas del Báltico y de Finlandia. Los oficiales prefieren tambien el servicio de tierra al de mar, y los estados mayores de la armada se resienten de esta preferencia. Los oficiales de marina que tenemos aquí, además de su carácter brusco natural, afectan una grosería náutica, si así puedo expresarme, que hace imposible ó al menos poco grato el relacionarse con ellos. Pasamos tristemente el tiempo en hacer hilas. La princesa está suspirando por su regreso á Moscou que efectuará cuando lo permitan los caminos intransitables ahora por el hielo; pero ¿cuándo será mi regreso?

Cuando pienso que estoy desterrada en Rusia tal vez por muchos años se apodera de mí una profunda melancolía. A veces sueño que los franceses se apoderan de la ciudad y vienen á libertarme; me despierto sobresaltada, presto el oído, y solo oigo la monótona voz de las centinelas rusas. Vivimos en una de las dependencias del edificio que sirve de escuela de cadetes. Hay dos prisioneros franceses en el extremo opuesto, y es imposible tener comunicacion con ellos, especialmente á mi cuyas acciones y palabras son objeto de una severa aunque disimulada vigilancia. En el momento que atravesaba hoy el patio donde están los prisioneros, uno de ellos cantaba el estribillo tan conocido:

Volveré á mi Normandía
Donde ví la luz del día.

Este canto ha hecho brotar lágrimas á mis ojos; he creído reconocer la voz de mi primo Santiago, pero á la segunda estrofa ví que me habia equivocado. ¡Pobre Santiago! ¿qué hará en este instante? Tal vez se halle cerca de aquí. ¿Y mi anciano tío, y el cura? ¡Ah! ahuyentemos estos recuerdos tristes y dulces que tanto bien y mal me causan á un tiempo. Recurriré á la oracion; Dios me dará tal vez la fuerza de sobrellevar mi dolor.

20 de noviembre de 1855. —Acababa de escribir estas líneas cuando la princesa entró en mi aposento.

—Querida amiga, me dijo, no puedo sufrir mas; voy á morir de fastidio si esto continúa.

—¡Ah! señora, le respondí, es preciso que os resigneis.

—Hace mucho tiempo que la resignacion me mata, y á pesar de lo que diga el príncipe quiero ejecutar hoy mismo mi proyecto.

—¿Qué proyecto?

—Hay un punto en la costa, no sé cuál, pues no he podido nunca retener en mi memoria ningun nombre de geografia, desde donde dicen que se ven perfectamente la escuadra francesa y esas famosas barcas cañoneras de que se habla tanto. La esposa del general Kmutoff estuvo ayer y vió maniobrar al enemigo. Espero tener el gusto de presenciar este espectáculo. El príncipe cree que la expedición es peligrosa, pues las avanzadas francesas recorren el país y es fácil caer en una emboscada. ¿Qué importa? Esas son las emociones que busco. Por otra parte, vuestros compatriotas son muy galantes, y respetan el bello sexo. ¿Qué puede sucederme? ¿Que caiga prisionera y me lleven á Francia? La esperanza de un viaje á Paris es muy agradable para mí. Así pues, tomad las capas y seguidme.

—¿Y qué dirá el príncipe?

—Que diga lo que quiera; he conseguido ocultarle todos mis preparativos, y mientras está en casa del gobernador entretenido con su partida de whist, nos iremos haciendo el menor ruido posible. Estaremos de vuelta esta noche y le daremos noticias del enemigo. ¿Vá-cilais? Sin embargo, sois francesa y nada habeis de temer.

—En efecto, solo temo por vos.

—¡Oh! estoy segura de que ninguna desgracia tendremos; llevaremos además una es-

colta de cuatro cosacos para protegernos. La señora de Kmutoff no llevaba mas que dos; ya veis que soy prudente. Ea, no perdamos tiempo, salgamos.

Los cosacos nos esperaban fuera de Kerson con dos caballos destinados para nosotras. Hacia un tiempo hermoso, y el sol se aparecía de vez en cuando por entre blanquecinas nubes. Cuatro horas despues de nuestra partida estábamos en la orilla del mar, y dimos rienda suelta á los caballos hasta una eminencia que debíamos subir para gozar del espectáculo que formaba el único objeto de nuestra excursion. Apenas llegamos á la cima del collado, el cielo se cubrió de densas nubes, como si tratase de castigar á la princesa por su desobediencia conyugal, y una opaca niebla cubrió la superficie del mar. Tuvimos pues que bajar de la colina y volver por donde habíamos venido.

—Otro dia será, dijo la princesa agitando su latiguillo; volveremos mañana.

Como estaban cansados nuestros caballos, los dejamos ir al paso para que tomasen aliento, y nos pusimos á hablar de nuestro chasco sin advertir que la niebla iba haciéndose por instantes mas densa y empezaba á caer una copiosa lluvia.

—¡A galope! dijo uno de los cosacos espoleando; se acerca la borrasca; alejémonos de la orilla antes que estalle, porque será menos impetuosa en la llanura.

Nos pusimos á galopar en medio de un torbellino de lluvia mezclada de nieve que nos cegaba. Los cosacos, acostumbrados á marchar de vanguardia, galopaban delante para que les siguiesen nuestros caballos, y hacia un cuarto de hora que corríamos de este modo, cuando cayó repentinamente el caballo de la princesa. Yo paré el mio, grité á los cosacos para que se detuviesen, pero no llegó hasta ellos mi voz en medio del estruendo de la tempestad. Desmonté y pregunté á la princesa si se habia hecho daño.

—Nó, afortunadamente, me respondió; volvamos á montar y tratemos de alcanzar nuestra escolta.

Pero espantados nuestros caballos con el violento fragor de un trueno empezaron á huir por la campiña. Nos hallábamos en una situacion bien apurada.

Cesó la lluvia por dicha nuestra, pero la oscuridad era cada vez mas intensa. Creo que la princesa empezaba á arrepentirse de su escapatoria cuando se oyó rumor cercano de pasos.

—¡Aquí! socorro! grité.

Acercáronse los pasos, y al cabo de algunos minutos nos vimos cercadas por una docena de soldados franceses mandados por un sargento.

—No nos hagais daño, les dije, soy francesa.

—Y yo tambien, dijo la princesa.

—En cuanto á hacer daño al bello sexo, dijo el sargento, es incapaz el galante soldado francés, pero en cuanto á vuestra nacionalidad permitidme que lo dude, pues hemos oido hablar de las princesas rusas en los diferentes teatros de Paris, y sabemos que nuestro idioma les es tan familiar como á cualquier hijo del arrabal de San Dionisio y que hablan en francés hasta con sus caballos. La disciplina me manda que os lleve á la presencia de mi teniente, y voy á cumplir este deber con todos los miramientos debidos á vuestro sexo tímido é interesante.

Llegamos hasta un ancon donde habia una barca escondida, y entramos en ella escoltadas por los soldados y á la luz de una linterna que encendió el tambor antes de empezar á remar. Poco rato despues el *quien vive* del centinela nos advirtió que íbamos á tocar en la opuesta orilla.

—¿Dónde está el teniente? dijo el sargento saltando á la playa.

—Está durmiendo, respondió el centinela.

—Decidle que traigo dos prisioneras que valen la pena de que se le despierte. Señoras, añadió, tened la bondad de seguirme sin temblar y por consiguiente sin miedo.

Difundiése al instante en el campamento la noticia de nuestra llegada y los soldados acudían en tropel á contemplarnos con curiosidad

y asombro. El sargento nos introdujo en la tienda y vimos un oficial jóven embozado con su capa y recostado sobre una cama de campaña junto á la cual se puso el tambor con su linterna. Al verle, mi corazon latió con violencia y se llenaron mis ojos de lágrimas.

—Santiago! exclamé medio desmayada. Una voz bien conocida me respondió: «María!», y caí en los brazos de mi primo...

Kamiesch 1.º de diciembre.—En el momento de salir de Crimea recibo la siguiente carta:

«Querida amiga mia: he llegado con perfecta salud á Kerson donde he recibido una seria reprimenda del príncipe, quien está muy enojado por mi escapatoria. Deseaba emociones y las he tenido. No olvidaré jamás el favor de vuestro primo, pues á no ser por él aun no estaria libre. He leído en sus ojos y en los vuestros que os hallaré unidos cuando la paz me permita ir á manifestarle mi agradecimiento, porque los servicios prestados por el príncipe á su patria organizando la milicia de Perecop me alcanzarán por fin de nuestro soberano el anhelado permiso. En tanto sed feliz, y conservadme una parte de vuestro cariño.

LA PRINCESA NAZUMOI.»

Hoy, festividad de los Reyes, el cura de mi pueblo ha bendecido mi union con Santiago. Mi tío rejuvenecido con nuestra llegada, nos ha llevado al altar. Todo el pueblo ha querido celebrar la vuelta del soldado convertido en oficial. Soy la más feliz y orgullosa de todas las mujeres. Doy fin á este Diario dando gracias á Dios por sus bondades, y rogándole que continúe protegiéndome y extendiendo su omnipotente proteccion á la señora Napoukine y á sus dos hijas.

FIN.

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

269. ¿En qué se ha convertido la vela despues de quemada?

Parte en gas ácido carbónico que, aunque inobservado, se ha difundido en el aire inmediato; y parte en agua que se ha escapado en forma de sutil vapor.

270. ¿Se ha consumido ó perdido alguna parte de la vela?

Nó; no se pierde nunca nada en las operaciones de la naturaleza. Cada partícula de la vela, ahora invisible, existe en forma de gas, de vapor ó de agua con algunas pocas partículas sólidas, quizá, que pueden llamarse cenizas, pero que son demasiado diminutas para llamar la atencion.

(La economía de la naturaleza parece advertirnos que no debiéramos permitir que se desperdicie ni el mas ligero átomo. Tan luego como cualquier cuerpo ha llenado su objeto en un estado de existencia, pasa á otro. La vela, habiendo dejado de existir como á vela, vuela en alas del aire convertida en gas ácido carbónico y agua. Estas sustancias pasan probablemente al jardín ó al campo, donde la primera forma el alimento de las plantas, en tanto que el agua les ofrece una bebida refrescante. ¿Y puede suponerse que el Sér Todopoderoso que ha economizado de esta manera la existencia de la creacion material ha de atender menos á la inmaterial alma del hombre? Hay una eternidad delante de nosotros cuya certeza nos evidencian las leyes de la creacion material.)

271. ¿Qué es hulla?

Un vegetal fósil.

272. ¿Qué se entiende por vegetal fósil?

Una sustancia originalmente vegetal, que por la presion y otros agentes del interior de la tierra ha sido llevada á una condicion parecida á la del mineral ó materia térrea.



Hacia un cuarto de ora que corríamos, cuando cayó repentinamente el caballo de la princesa. (Pag. 175, col. 2)

273. ¿Cómo sabemos que la hulla es de origen vegetal?

Por los componentes químicos de su sustancia, y también por las formas vegetales que se encuentran en abundancia en los criaderos de hulla.

(El profesor Buckland en su *Bridgewater Treatise*, hablando de las impresiones de plantas halladas en las minas de hulla, dice: «El ejemplo más notable que he presenciado de esta clase fué en las minas de Bohemia. Las más preciosas imitaciones de verde follaje pintadas en los techos de algunos palacios italianos no tienen comparación con la rica profusión de extinguidas formas vegetales que se ven en las galerías de estas minas tan curiosas como instructivas. Su techo parece cubierto de colgaduras de rica tapicería embellecidas con adornos de exquisito follaje, distribuidos en caprichosa é irregular profusión por toda su superficie. Aumenta este buen efecto el contraste del color negro de estos vegetales con los variados fenómenos de resplandor de las rocas á las cuales están adheridos. El espectador se siente transportado como por encanto á los bosques de otro mundo; ve árboles de formas y caracteres ahora desconocidos en la superficie de la tierra, los cuales se presentan á su vista con toda la belleza y vigor de su primera vida; sus renuevos escamosos y sus ramas colgantes, con su abundante follaje, todo se ostenta ante él en un perfecto estado de conservación á pesar de los innumerables siglos que han trascurrido, ofreciéndole fieles recuerdos de extinguidos sistemas de vegetación que empezaron y terminaron en tiempos de los cuales estas reliquias son historiadores infalibles.»)

274. ¿Cuáles son los componentes químicos de la hulla?

Se compone de carbono, hidrógeno, oxígeno y ázoe. Las proporciones de estos elementos varían en las diferentes clases de hulla. El carbono es el componente principal; las demás proporciones, en general, son como siguen: carbono, 90 por ciento; hidrógeno, de 3 á 6 por ciento; los otros elementos entran en la composición en cantidades tan pequeñas que para todos los objetos ordinarios basta decir que la

hulla se compone de carbono y de hidrógeno, pero principalmente de carbono.

275. ¿Qué es carbon vegetal?

Un compuesto casi enteramente de carbono. Es hecho de leña con la aplicación del calor sin la admisión del aire. El hidrógeno y el oxígeno de la leña son igualmente expelidos, y lo único que queda es carbon ó carbono en uno de sus estados más puros.

276. ¿Qué es carbon animal?

El carbon animal, como el vegetal, se compone de carbono en un estado muy aproximado al de pureza. Es hecho de huesos de animales calentados en cilindros de hierro. Comunmente se llama negro de marfil.

277. ¿Cuál es la forma más pura conocida del carbono?

La forma más pura del carbono es el diamante, que puede decirse que es absolutamente pura.

(De aquí podemos tomar otra de las más interesantes lecciones de la ciencia, lección que nos enseña á no despreciar nada de lo que Dios ha criado. El hollín que tizna la cara de un limpia-chimeneas, y el diamante que brilla en la corona del monarca se componen del mismo elemento, diferenciándose solamente en su condición atómica. ¡Qué lección de humildad es esta para el orgullo! La altiva beldad cuando se dirige al salón de baile, gozando en su interior con la brillantez de sus piedras preciosas en tanto que azotan su pecho, no sabe seguramente ni conoce que cada respiración que se escapa en torno suyo se lleva parte del elemento del cual se componen sus tesoros. Que basta en nuestra carne y en nuestros huesos se ocultan las mismas sustancias, y que el árbol enterrado perteneciente á un mundo primitivo y la pequeña flor de un día son los instrumentos que dan al hombre este singular elemento!)

278. ¿Qué es cok?

Es hulla despojada de su hidrógeno y otras partes volátiles por un procedimiento semejante al que se emplea para hacer el carbon vegetal. Es el residuo que queda después de

hecho el gas hidrógeno de hulla y se compone casi enteramente de carbono.

279. ¿Por qué cuando arde la hulla produce una llama amarilla?

Porque el hidrógeno que contiene, combinándose con alguna parte de carbono, comunica á la llama un color brillante amarillento.

280. ¿Por qué, en un fuego, unas llamas parecen más blancas que las otras?

Porque las calidades de hulla y las condiciones bajo las cuales arden están sujetas á variación. Algunas hullas dan un hidrógeno pesado, llamado hidrógeno bicarbonado, que arde con una llama mucho más viva que el hidrógeno carbonado.

281. ¿Por qué el hidrógeno bicarbonado arde con una llama más blanca que la hulla común?

Porque está combinado con una cantidad mayor de carbono, á lo cual debe su aumento de luminosidad.

282. ¿Por qué en un fuego hay algunas llamas que parecen azules?

Porque el hidrógeno que se escapa del sitio donde se ven esas llamas es hidrógeno puro destituido de carbono.

283. ¿Por qué el fuego es á veces rojo y desprovisto de llama?

Porque los gases volátiles se han agotado y la combustión es continuada por el carbono de las hullas y el oxígeno del aire.

284. ¿Qué efecto ejerce el fuego sobre la composición del aire?

Se ha observado que quemando 10 libras de hulla, su combustión absorbe el oxígeno contenido en 1,551 piés cúbicos de aire. Por consiguiente es preciso que la atmósfera de una habitación donde hay fuego de hulla se mantenga fresca y pura para dar 155 piés cúbicos de aire nuevo por cada libra de carbon que se consume.

(Se continuará.)